

RIENZI,

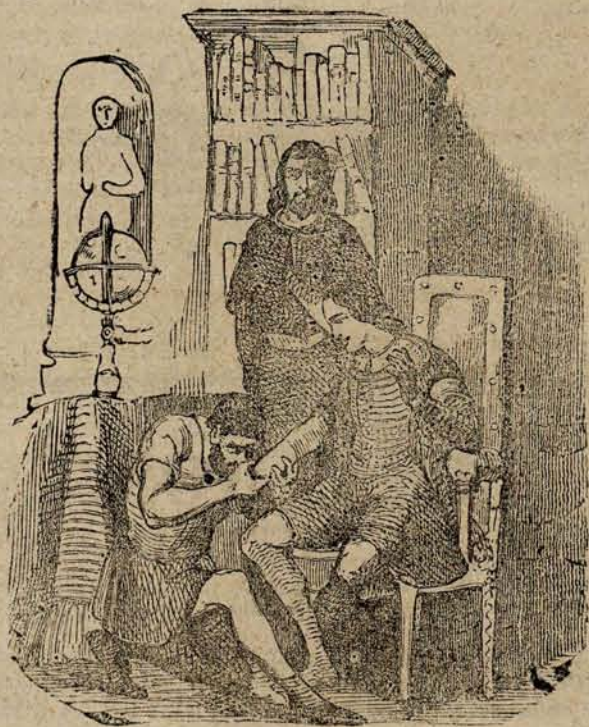
6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Luego que el colosal herrero estuvo en presencia de Rienzi, se puso Pandolfo á observar con detenimiento y gusto el influjo del espíritu sobre la materia. Aquel robusto y fiero gigante, que en las conmociones populares dominaba á toda su tribu y la servía de punto céntrico ó de baluarte, permanecía trémulo y sonrosado de emoción ante aquella inteligencia, que podía llamarse madre de la ciencia; habiendo sido la elocuente voz de Rienzi la única que encendió aquella chispa, oculta bajo la ceniza en el fondo de aquel diamantino seno. El hombre á quien le es dado primero sembrar entre los esclavos el sentimiento de la libertad, se acerca cuanto en lo posible cabe, á la potencia creadora de Dios; y se acerca mas que el filósofo y que el poeta mismo. Mas este poder es á veces funesto si se ejerce sobre seres incultos. El que pasa de repente del estado de la servidumbre al de hombre libre, puede pasar con no menos rapidez del estado del hombre libre al de malhechor público.

—Acércate, amigo mio, dijo Rienzi despues de breve pausa: sé cuánto has hecho y cuánto desearias hacer en beneficio de Roma; digno eres de gozar mejores dias, y has nacido para contribuir á que vuelvan.

Cayó el herrero á los pies de Rienzi, quien le tendió la mano para levantarlo. Asíóla Cecco del Vechio y la besó con el mayor respeto.



—No va envuelta la traicion en ese beso, dijo Rienzi sonriéndose; pero levántate, amigo; no debe colocarse el hombre en esa actitud, sino delante de Dios y de sus santos.

—Santo es quien nos ayuda en nuestras necesidades, dijo el herrero. Mas ¿cuándo, añadió en tono mas bajo y con los ojos fijos en Rienzi, cual si aguardase una seña; cuándo damos el golpe?

—¿Hablaste ya á todos los valientes de tu vecindario? ¿Estan prontos?

—A vivir ó morir bajo las órdenes de Rienzi.

—Necesito una lista en que se especifiquen su número, sus nombres, sus casas y sus oficios; y la necesito esta misma tarde.

—La tendréis.

—Cada uno de ellos debe firmar con su nombre, ó hacer una seña de su puño.

—Sereis obedecido.

—Entonces escucha: irás á casa de Pandolfo, quien te dirá donde debes reunirte esta noche á algunos valientes. Eres digno de figurar entre ellos. ¿No faltarás á la hora señalada?

—Juro por las santas estrellas que contaré los minutos hasta que ese instante

llegue! dijo el herrero animándose su moreno semblante por la orgullosa alegría de aquella muestra de la alta confianza que en él depositaba Rienzi.

—Vela no obstante sobre los vecinos: nadie vacile ni flaquee: no se manche con la ignominia de traidor ni uno solo de tus amigos.

—¿Degollaría con mi propia mano al que vacilara un momento en su fé, aunque fuese el hijo de mi madre! dijo el atrevido herrero.

—Ah, ah! articuló Rienzi con la sonrisa que le era peculiar. ¡Milagro, milagro!

—ha hablado la pintura!

Ya era casi de noche cuando salió Rienzi del Capitolio. Desierto se hallaba á la sazón el inmenso espacio que se estiende delante de aquel edificio; y envolviéndose Rienzi en su manto caminaba entregado á sus acostumbradas meditaciones.

«Heme ya casi en la cumbre, decia para sí, y el precipicio ante mis ojos. Si el plan aberta dura es la caída: conmigo muere la esperanza de mi patria. Nunca se levantará un noble contra los nobles: nunca dispondrá un plebeyo del poder y de los recursos de que yo dispongo. Ligado se halla á mí, á una sola existencia, el destino de Roma. Son las libertades públicas de las generaciones futuras cual imagen de una caña que puede arrancar de raíz una ráfaga de viento. Pero ¡oh Providencia divina! ¿No me reservas para inclitas hazañas? ¿No me has conducido como por la mano y paso á paso á esta augusta empresa? Cada hora ha preparado la hora venidera, y no obstante es inminente el riesgo. Soy perdido si el pueblo versátil y envilecido por su larga servidumbre languidece en el instante crítico.»

Levantando entonces sus ojos distinguió la primera estrella, iluminando con su dulce y apacible fulgor los vestigios de la roca Tarpeya. No lo tuvo por favorable augurio, antes bien el corazón de Rienzi palpó con mas violencia, viendo cuán amenazadora se ofrecia á sus miradas aquella ruinosa y sombría mole.

«Terrible momento! murmuró. ¿Cuántas atrevidas empresas, sobre las cuales permanece muda la historia, han venido á estrellarse á tus plantas! ¿Podemos averiguar acaso si eran justas ó criminales? ¿Nos es dado saber si el que fue condenado por reo de traicion, se hubiera ceñido una corona inmortal, en caso de obtener el triunfo, como libertador de un pueblo? ¿Será por ventura un hombre del pueblo quien narre mi historia si yo sucumbo? ¡Ay de mí! ninguno de esos hombres ciegos é ignorantes seria capaz de hacer un llamamiento á la posteridad. ¿La escribirá tal vez algun Patricio? ¿Y cuál será el colorido que emplee para bosquejarme? Ni una sola piedra se levantará en medio del naufragio de mi causa, ni una flor brotará sobre mi tumba; y todas mis ilusiones de honra y de fama se trocarán en amarga y eterna censura.»



Asi proseguia Rienzi su camino meditando sobre la árdua empresa en que se veia empeñado: ganó el Tiber y se detuvo por algunos momentos cerca de sus consagradas ondas, en las que se reflejaba profundamente un cielo tachonado de estrellas, y con leves tintas rojas: atravesó el puente que guia al barrio, cuyos moradores se vanaglorian de ser los únicos descendientes verdaderos de los antiguos romanos. Allí fué su paso menos presuroso y mas elástico: poblaron su mente ideas mas brillantes, aunque menos elevadas, y por un instante cedió la ambicion á la dulce mano del amor las riendas de su espíritu fatigado.

(Continuará.)

A LA IBERIA MUSICAL.

Con sumo disgusto, por tener que dar publicidad á un periódico que ninguna tiene, vamos á contestar con preci

siempre y laconismo al descompuesto y mal perjeñado artículo que, aludiendo á la *Revista* nuestra, inserta la *Iberia* del domingo. A UN ANONIMO se dirige el tal, y para probar á la luz del mediodia que el articulista, el señor Espin, pues firma con su nombre y apellido, ha dejado correr su indecente y asquerosa pluma, en medio de la mas insigne cobardía, preciso será que sepan nuestros lectores cuanto ha ocurrido en el particular. Publicó nuestro periódico un corto artículo, en el que se criticaba decorosamente el mas estupendo que sobre la crítica de una ópera ha salido del laboratorio del señor Espin. Se personó este caballero en nuestra redaccion, pretendiendo se le insertara un comunicado, y no tuvimos por conveniente acceder á semejante solicitud. Le hicimos presente que el artículo en cuestion pertenecía á la redaccion de la *Revista*, como todo cuanto en ella se insertaba sin firma; nos contestó:—que sabia *firmamente* dónde y por quiénes se habia escrito. Repusimos entonces, que lejos de personarse en nuestra redaccion, ¿por qué no se habia dirigido á la persona ó personas á que se referia, y exigido una reparacion á los agravios que á su entender se le hacian en el artículo? Le repetimos otra vez que la relacion respondia, y á todo contestó el señor Espin: —que sabia quien era el autor, y que en su periódico le contestaria *formalmente*.

Tambien nos añadió que estaba acostumbrado á lances y que era aragonés. Pero es lo cierto que ni le insertamos el comunicado, ni satisfaccion de ningun género nos exigió despues de habernos declarado responsables. Este es el origen de la cuestion. Digan ahora nuestros lectores, si es noble, si es decoroso, si es honrado, y de cumplidos caballeros lanzar esa sarta de insolencias ¿contra quien? Contra un ente imaginario, contra un *anónimo* que el señor Espin se ha fraguado: esto con su perdon no es hablar *cara á cara*; esto es lo mismo que insultar á una piedra ó á un objeto inanimado; eso entre *españoles netos* se llama miedo y cobardía.

Repetimos cien veces que el artículo era de nuestra redaccion, y no acertamos á comprender que el haber merecido elogios de la *Revista* en diferentes ocasiones le haga pensar al señor Espin que el párrafo á que aludimos no sea nuestro. Por la doctrina del señor Espin, tales elogios, pudiera muy bien suceder que fueran *anónimos* y que la redaccion entonces hubiera sido sorprendida por la *mas refinada malicia*; no ha sucedido asi, aunque puede muy bien asegurarse, que no entendia mucho de música el redactor que tales elogios prodigó. De todos modos, de los arrepentidos es el reino de los cielos, y para concluir diremos á los dos redactores de la *Iberia* que han estampado sus firmas sobre el particular: que no queremos contestar con insultos, á los que ellos prodigan á un *anónimo*; que los tomamos como dirigidos á nosotros, puesto que con toda anticipacion nos declaramos al señor Espin responsables, y que habiéndole dicho entonces, que midiera sus palabras al contestarnos; la línea de conducta que nos hemos propuesto seguir, es la de no hablar mas en nuestro periódico sobre semejante cuestion, porque cuando se toca á prendas de mucha estima, solo con insultos reparan las mujeres sus agravios.

JUAN PEREZ CALVO.

DIALOGO EN CONTESTACION Á OTRO DIÁLOGO PUBLICADO EN LA IBERIA.

DON MELIFLUO Y DON FARFANTON.

Retrato de los interlocutores. Don Melifluo es un jóven que en fuerza de las hambres y privaciones propias de los *genios* de su catadura, ha venido á quedar en *escencia de forma corporal*. Arrojado de una oficina por ciertas bachillerías poco *honestas*, se ha lanzado al mundo, ó mejor dicho, se ha lanzado del mundo, por las regiones aéreas en pos de la *gloria*: su mente, henchida con la creencia de haber alcanzado á esta señora (la gloria), le ha grangeado la suposicion de una eminente *superioridad* acompañada de una *esperanza futura* en sobrepasar todos los límites *marcados* hasta el dia por el conocimiento humano en sus investigaciones en la *escritadora* filarmonía. Con ínsulas de literato escribe artículos y mas artículos, *pero de qué manera?*... derramando vaciedades, y encubriendo su ignorancia *hacia* la forma de un diálogo descrito en lenguaje chapurrado (1). Su *inteligencia*

(hablando con toda imparcialidad) es en extremo *mediocre*, su *desinterés*, el dinero, su *nacionalismo* siempre dispuesto á *vitorear por quien le pague*.

Don Farfanton se conceptua un *asombro* en su clase: á fuerza de ver pentágramas y mover teclas tiene en su mollera mas música que Donizzetti. Su estatura elevada y rostro grave forman un personaje respetable: su ademan y magestuoso donaire dejan descubrir que en su interior va diciendo: *mortales, miradme, miradme bien, yo soy un genio*.

(La escena pasa en casa de D. Farfanton, quien aparece sentado al piano repasando las siete palabras de Hyden. Don Melifluo se presenta desalentado y frenético estrujando entre sus manos un número del Nuevo Avisador.)

D. Melifluo. Farfanton, has visto *iniquidad* igual?

D. Farfanton. Pues que hay?

D. Melifluo. No, nada, que en vez de un articulista en lo de la *Revista* ahora aparece que son dos, y por añadidura españoles. (2)

D. Farfanton. Enhorabuena, tambien nosotros somos dos. Y qué tenemos con eso?

D. Melifluo. Una friolera: que en vez de agachar las orejas y sometarse á las *mesuradas y justas razones* que hemos publicado se nos vienen galleando y echándola de guapos.

D. Farfanton. Vamos, y que dicen?

D. Melifluo. Que tienen mas *españolismo* que nosotros.

D. Farfanton. Y qué otra cosa?

D. Melifluo. Y que tienen tambien mas amor al arte.

D. Farfanton. Y mas conocimiento, no es asi?

D. Melifluo. Eso no, confiesan su *inferioridad*, pero en cambio pregonan su buen criterio.

D. Farfanton. En que razones fundan su *españolismo*?

D. Melifluo. En la proteccion que siempre han dispensado y estan prontos á dispensarles.

D. Farfanton. Y su amor al arte?

D. Melifluo. En la preferencia que continuamente manifiestan hácia él.

D. Farfanton. Y su buen criterio en qué lo demuestran?

D. Melifluo. En los razonados y desinteresados principios que asientan.

D. Farfanton. Nada de eso me persuade.

D. Melifluo. Bueno, pero ahora que hacemos? contestar un otro artículo para que ellos vuelvan de nuevo replicando con otro?

D. Farfanton. Será lo mejor.

D. Melifluo. Si, ese medio solo servirá para sacar á colacion ciertos trapillos que no vienen al caso.

D. Farfanton. Efectivamente, casi, casi lo mejor seria....

D. Melifluo (interrumpiéndole y anticipándose á que no concluya la oracion) lo mas prudente y acertado será reflexionar despacio, para resolver luego lo que se ha de hacer.

Solo lo dicho escuché
de aquel hombre tan profundo,
lo que resolvió no sé;
pero mas tarde sabré
y contaré á todo el mundo.

EL INCOGNITO.



TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche: La comedia en dos actos, titulada: UN SOLDADO DE NAPOLEON. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada: EL CALAVERA EN LA POSADA.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

DEL CIRCO.

Hoy no hay funcion.

NOTA. Para el jueves 1.º de agosto, LASTREGUAS DE TOLEMAIDA, ópera seria en tres actos, original del maestro español, don Hilarion Eslaba, quien la presenta al público ilustrado de Madrid, no confiado en su mérito, sino en la galantería y finura de quien con tanta deferencia recibe los esfuerzos de todos los españoles que se desvelan por los adelantos de las artes de su pais.

(2) Puros y netos para lo que Vds. gusten mandar.

IMPRESA DE DONIGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.